

—Más allá, hacia la izquierda, en algún lugar, hay una gran isla —dijo Whitney—. Es un misterio...

—¿De qué isla hablas? —preguntó Rainsford.

—Los viejos mapas la llaman Isla Atrapa-Barcos —replicó Whitney—. Un nombre incitante, ¿no crees? Los marineros le tienen un miedo peculiar a ese lugar. No sé por qué. Alguna superstición...

—No la veo —declaró Rainsford al tiempo que intentaba percibir algo a través de la densa, tangible noche tropical que imponía su espesa y cálida negrura sobre el yate.

—Sé que tienes buena vista —dijo Whitney riéndose— y que puedes ver a cuatrocientas yardas un alce moviéndose en medio de arbustos de su mismo color, pero ni siquiera tú puedes ver lo que hay a más o menos cuatro millas de aquí en una noche caribeña sin luna.

—Ni a cuatro yardas —admitió Rainsford— ¡Uf! Es como terciopelo negro empapado.

—Habrà luz de sobras en Río —prometió Whitney—. Estaremos allí dentro de unos pocos días. Espero que ya hayan llegado las escopetas para cazar jaguares que compré en Purdey's. Seguro que habrá buena caza en el Amazonas, río arriba. Qué gran deporte, la caza.

—El mejor del mundo —convino Rainsford.

—Para el cazador —corrigió Whitney—. No para el jaguar.

—No digas disparates —dijo Rainsford—. Eres cazador de caza mayor, no filósofo. ¿A quién le importa cómo se siente un jaguar?

—Tal vez al jaguar —observó Whitney.

—¡Venga! Si no tienen entendimiento.

—Aún así, creo que sí entienden una cosa: el miedo. El miedo al dolor y el miedo a la muerte.

—Tonterías —se rió Rainsford—. El calor te está reblandeciendo, Whitney. Se realista.

En el mundo hay dos grupos: los cazadores y los cazados. Por suerte, tú y yo somos cazadores. ¿Crees que hemos pasado esa isla?

—No lo puedo saber con esta oscuridad. Espero que sí.

—¿Por qué? —preguntó Rainsford.

—Es un lugar con cierta fama: con mala fama.

—¿Caníbales? —sugirió Rainsford.

—Más bien no. Ni siquiera los caníbales vivirían en un lugar tan dejado de la mano de Dios. No sé bien cómo, pero la isla entró hace tiempo en el saber popular marinero. ¿No te has dado cuenta de que los nervios de la tripulación están algo tensos hoy?

—Estaban un poco raros, ahora que lo mencionas. Incluso el Capitán Nielsen...

—Sí, incluso el viejo, áspero sueco, que en otras circunstancias no dudaría en pedirle fuego al mismo Diablo. Esos ojos azules de pez tenían hoy una mirada que jamás había visto. Lo único que pude sacarle es que «Este lugar tiene un mal nombre entre los que navegan, señor». Y entonces me preguntó, muy serio, «¿No siente usted nada?», como si el aire a nuestro alrededor fuera venenoso. Y no te rías, pero sentí algo así como un repentino escalofrío. No había brisa. El mar estaba plano como el cristal de una ventana. Nos acercábamos entonces a la isla. Lo que sentí fue un... escalofrío mental, una especie de espanto súbito.

—Pura imaginación —dijo Rainsford—. Un solo marinero supersticioso puede contagiar su miedo a toda la tripulación.

—Tal vez. Pero a veces pienso que los marineros tienen un sentido extra que les avisa de cuándo están en peligro. A veces pienso que el mal es una cosa palpable, con ondas de longitud, lo mismo que el sonido y la luz. Un lugar maligno, por llamarlo así, puede emitir vibraciones malignas. Sea como sea, me alegro de haber salido de esa zona. Bueno, creo que me retiro, Rainsford.

—Yo no tengo sueño. Me voy a fumar otra pipa en la cubierta de popa.

—Buenas noches, Rainsford. Nos vemos para desayunar.

—Bien. Buenas noches, Whitney.

El único ruido que Rainsford podía oír sentado en cubierta era el latido callado del motor que impulsaba el veloz yate en la oscuridad, además del silbido y el murmullo de la estela que dejaba la hélice.

Rainsford, reclinado en una tumbona, fumaba tranquilamente su pipa favorita y se dejaba llevar por la modorra sensual de la noche. «Está tan oscuro —pensó— que podría dormir sin cerrar los ojos; la noche me serviría de párpados...»

Un ruido abrupto lo sobresaltó. Venía de la derecha, y sus expertos oídos no solían errar. De nuevo oyó el ruido, y una vez más. En algún lugar de la oscuridad alguien había disparado un arma tres veces.

Rainsford se puso en pie de un salto y se lanzó sobre la barandilla, intrigado. Clavó la vista en dirección hacia el lugar de donde había surgido el ruido de los disparos, pero era como intentar ver a través de una manta. Saltó entonces sobre la barandilla y se irguió para poder ver desde mayor altura. La pipa que aún fumaba fue a dar contra una cuerda tensa y cayó de su boca. Al intentar agarrarla al vuelo Rainsford calculó mal la distancia y perdió el equilibrio, dando un grito breve y ronco que apenas se oyó, enmudecido por las aguas del Caribe que se abalanzaban tibias como la sangre sobre su cabeza.

Rainsford coceó hacia la superficie e intentó gritar, pero la estela del yate, cada vez más veloz, le abofeteó la cara y al entrar el agua salada en su boca abierta le dieron arcadas. Desesperado, intentó seguir las luces cada vez más distantes del barco nadando con grandes brazadas, pero desistió antes de haber nadado quince metros. Una cierta calma le sobrevino al pensar que no era la primera vez que se veía en tan apuradas circunstancias. Cabía la posibilidad de que alguien oyera sus gritos en el yate, pero esa posibilidad se esfumaba a medida que la embarcación seguía su curso. Desprendiéndose de su ropa, Rainsford gritó con todas sus fuerzas. Las luces del yate se desvanecían como libélulas que se apagan hasta que la noche se las tragó por completo.

Rainsford recordó los disparos. Venían de la derecha y, así pues, nadó con tesón en esa dirección, dando brazadas lentas y premeditadas para conservar sus fuerzas. Luchó con el mar durante un tiempo que parecía eterno. Empezó a contar sus brazadas; podría dar posiblemente unas cien más y entonces...

Rainsford oyó un ruido. Provenía de la oscuridad, era un grito agudo, el sonido de un animal presa de un terror y una angustia extremos.

No reconoció al animal que emitió el ruido ni lo intentó; con renovada vitalidad nadó hacia él. Lo oyó de nuevo antes de que lo cortara de cuajo otro ruido entrecortado, seco.

—Disparo de pistola —murmuró Rainsford, nadando aún.

Tras diez minutos de esfuerzo continuado otro sonido le llegó a los oídos, el más grato

que había oído jamás, el murmullo y quejido del mar al romper sobre una orilla rocosa. Ya casi había alcanzado las rocas cuando las vio por fin: en una noche menos encalmada se habría estrellado contra ellas. Con sus restantes fuerzas se arrastró lejos de las turbulentas aguas. En la espesa oscuridad se perfilaron los aserrados peñascos; arrastrándose sobre sus codos, se incorporó a duras penas. Jadeando, con las manos despellejadas, alcanzó un lugar llano en la cima. Una espesa selva llegaba hasta el borde mismo de los acantilados. A Rainsford, sin embargo, no le preocupaba lo más mínimo qué peligros la maraña de árboles y de sotobosque pudiera entrañar para él. Tan sólo sabía que estaba a salvo de su enemigo, el mar, y que lo dominaba un demoledor cansancio. Se arrojó sobre el borde de la selva y rodando se dejó caer en el sueño más profundo de su vida.

Cuando abrió los ojos supo por la posición del sol que era media tarde. El sueño le había dado nuevas fuerzas; un apetito insistente lo agobiaba. Echó un vistazo alrededor, casi con alegría.

—Donde hay disparos, hay hombres. Donde hay hombres, hay comida —pensó. ¿Pero qué clase de hombres, se preguntó, en un lugar tan inhóspito? Un frente continuo de selva irregular y laberíntica limitaba la orilla.

No vio señal alguna de que hubiera un sendero entre el tejido espeso de árboles y malas hierbas; era más fácil seguir la orilla, y Rainsford lo hizo afanándose en el agua. No muy lejos de donde había tocado tierra inicialmente, se detuvo.

Una criatura herida, por lo que se veía un gran animal, había dejado un rastro al retorcerse presa del dolor en el sotobosque; las malas hierbas de la selva estaban aplastadas y el musgo estaba desgajado. Una franja de hierba estaba teñida de rojo. Un objeto pequeño y brillante no muy lejano llamó la atención de Rainsford y lo recogió. Era un cartucho vacío.

—Un veintidós —observó—. Eso es raro. Debe haber sido un animal de tamaño notable. El cazador tuvo agallas de usar un arma tan ligera. Está claro que la presa luchó hasta el final. Supongo que los primeros tres disparos que oí eran los de cuando el cazador acorraló a la presa y la hirió. El último disparo se produjo al seguirla aquí y rematarla.

Rainsford escudriñó el suelo y encontró lo que buscaba: la huella de botas de caza. Apuntaban a lo largo del acantilado en la dirección que él había estado siguiendo. Con impaciencia reemprendió la marcha, resbalando de tanto en tanto con un tronco podrido o un pedrusco suelto, pero aún así avanzando; la noche empezaba a caer sobre la isla.

La lúgubre oscuridad apagaba ya los contornos del mar y de la selva cuando Rainsford avistó las luces. Dio con ellas al pasar un recodo de la orilla y su primer pensamiento

fue que había encontrado un pueblo, dado que había muchas. Pero a medida que avanzaba vio para gran sorpresa suya que todas ellas pertenecían a un enorme edificio: una estructura elevada con torres puntiagudas que se clavaban en la penumbra. Sus ojos distinguieron el perfil de un castillo con aires de palacio enclavado en una zona alta de la orilla, rodeada en tres de sus lados por acantilados que se precipitaban hacia donde el mar besaba las sombras con labios glotones.

—Un espejismo —pensó Rainsford. Pero vio que no era espejismo alguno cuando abrió la alta verja de hierro coronada de pinchos. Los escalones de piedra eran bien reales; la inmensa puerta, que tenía una maliciosa gárgola por aldabón, era también real, si bien sobre todo ello reinaba un aire de irrealidad.

Levantó el aldabón y éste chirrió como si nunca nadie lo hubiera usado antes. Lo dejó caer y su escandaloso estruendo lo sobresaltó. Creyó oír pasos en el interior, pero la puerta permaneció cerrada. De nuevo Rainsford levantó el pesado aldabón y lo dejó caer. La puerta se abrió entonces, tan repentinamente como si estuviera armada sobre un muelle, y el torrente de resplandeciente luz dorada que emanó de ella dejó a Rainsford paralizado y parpadeante.

Lo primero que los ojos de Rainsford lograron discernir fue el hombre más enorme que jamás había visto: una criatura gigantesca, de constitución sólida y con una larga barba negra que le alcanzaba la cintura. El hombre sostenía en su mano derecha un revólver de cañón largo que apuntaba directamente al corazón de Rainsford.

Entre la enredada barba dos pequeños ojos observaban a Rainsford.

—No se alarme —dijo Rainsford con una sonrisa que esperaba fuera irresistible—. No soy un ladrón. Me caí de un yate. Me llamo Sanger Rainsford, de Nueva York.

La mirada amenazadora no se alteró una pizca. El revólver seguía apuntando en la misma dirección como si el gigante fuera una estatua. No dio señales de haber entendido las palabras de Rainsford, ni siquiera de haberlas oído. El gigante llevaba uniforme: un uniforme negro adornado con astracán gris.

—Soy Sanger Rainsford de Nueva York —Rainsford repitió—. Me caí de un yate. Estoy hambriento.

La única respuesta del hombre fue levantar con su pulgar el percutor de su revólver. Rainsford vio entonces que el hombre se llevaba la mano libre a la frente en saludo militar, daba un taconazo y se ponía en posición de firme. Otro hombre bajaba por los anchos escalones de mármol, un hombre erguido y esbelto vestido con atuendo formal. Se acercó a Rainsford y le tendió la mano.

Con una voz cultivada marcada por un ligero acento, que le añadía precisión y

determinación, dijo: —Es un gran placer y un honor darle la bienvenida a mi hogar al Sr. Sanger Rainsford, el célebre cazador.

Rainsford le dio un apretón de manos sin más.

—He leído su libro sobre la caza del leopardo de las nieves en el Tíbet —explicó el hombre—. Soy el General Zaroff.

La primera impresión de Rainsford fue que el hombre era singularmente apuesto; la segunda que el rostro del general tenía algo original, casi extravagante. Era un hombre alto de algo más que mediana edad según indicaba su cabello, que era de un blanco radiante; sin embargo, sus gruesas cejas y su puntiagudo bigote militar eran negros como la noche de la que Rainsford había surgido. Sus ojos eran también negros y muy brillantes. Tenía los pómulos elevados, una nariz afilada, un rostro oscuro y enjuto: el rostro de un hombre habituado a dar órdenes, el rostro de un aristócrata. Girándose hacia el gigante uniformado, el general le hizo una señal. El gigante guardó su pistola, saludó y se retiró.

—Iván es un tipo increíblemente fuerte —observó el general—, pero tiene la desgracia de ser sordo y mudo. Un tipo simple, pero me temo que, como todos los de su raza, un tanto salvaje.

—¿Es ruso?

—Es cosaco —dijo el general y su sonrisa dejó al descubierto sus rojos labios y sus puntiagudos dientes—. Como yo.

—Venga —dijo—, no deberíamos estar de charla aquí. Podemos hablar más tarde. Ahora necesita usted ropa, comida y descanso y los tendrá. Éste es un lugar muy relajante.

Iván había reaparecido y el general se comunicó con él moviendo los labios sin emitir sonido alguno.

—Siga a Iván, por favor, Sr. Rainsford —dijo el general—. Me disponía a cenar cuando usted llegó. Le esperaré. Verá que mi ropa es de su misma talla, según creo.

Rainsford siguió al silencioso gigante a un inmenso dormitorio con el techo de vigas de madera y con una cama con dosel capaz de acoger a seis hombres. Iván preparó un traje y Rainsford notó al ponérselo que provenía de un sastre londinense que habitualmente cosía sólo para clientes por encima del rango de duque.

El comedor al que Iván condujo a Rainsford era notable en muchos sentidos. Tenía un esplendor medieval que recordaba a las estancias de los barones de tiempos feudales

con sus paneles de roble, sus altos techos, sus vastas mesas comunales en las que podían comer cuarenta hombres. El comedor estaba decorado con cabezas de muchos animales: leones, tigres, elefantes, alces, osos: los especímenes más grandes y más perfectos que Rainsford había visto jamás. El general estaba sentado a la gran mesa, solo.

—Tome un cocktail, Sr. Rainsford —sugirió. El cocktail era excelente y según observó Rainsford el servicio de mesa era de lo mejor: la mantelería, la cristalería, la plata, la vajilla.

Comían borsch, la rica sopa roja aliñada con nata montada, tan apreciada por los paladares rusos. Medio justificándose dijo el General Zaroff:

—Tratamos por todos los medios de conservar las comodidades de la civilización aquí. Por favor perdóneme los posibles lapsus. Estamos muy lejos de ella ¿sabe? ¿Cree usted que el champán se ha estropeado a causa de su largo viaje oceánico?

—En absoluto —declaró Rainsford. Pensaba que el general era un anfitrión de lo más atento y afable, un auténtico cosmopolita. Había, sin embargo, un pequeño rasgo que incomodaba a Rainsford. Siempre que levantaba la vista del plato sorprendía al general estudiándolo ávidamente, valorándolo.

—Tal vez —dijo el General Zaroff—, se sorprendió de que reconociera su nombre. Sucede que he leído todos los libros sobre caza publicados en inglés, francés y ruso. Sólo tengo una pasión en mi vida, Sr. Rainsford, y es la caza.

—Tiene unas cabezas estupendas aquí —dijo Rainsford mientras daba cuenta de un filete mignon especialmente bien cocinado—. Ese búfalo del Cabo es el más grande que he visto nunca.

—Oh, ése. Sí, era un monstruo.

—¿Le embistió?

—Me arrojó contra un árbol —dijo el general—. Me rompió el cráneo. Pero le di caza.

—Siempre he pensado —dijo Rainsford—, que el búfalo del Cabo es la pieza de caza mayor más peligrosa.

Por un momento el general guardó silencio, ofreciendo su curiosa sonrisa de labios rojos. Sólo entonces dijo lentamente:

—No, señor mío, se equivoca. El búfalo del Cabo no es la pieza más peligrosa de caza mayor —tomó un sorbo de vino—. Es aquí, en mi reserva de la isla —dijo en el mismo

tono pausado—, donde se caza la presa más peligrosa.

Rainsford expresó su sorpresa

—¿Hay caza mayor en esta isla?

El general asintió.

—La mayor.

—¿De verdad?

—Oh, no se encuentra aquí en estado salvaje. Me veo obligado a abastecer la isla.

—¿Qué ha importado usted, general? —preguntó Rainsford—. ¿Tigres?

El general sonrió.

—No. Cazar tigres dejó de interesarme hace algunos años. Agoté sus posibilidades, ¿sabe usted? Los tigres ya no me excitan, no ofrecen un peligro real. Yo vivo por y para el peligro, Sr. Rainsford.

El general sacó de su bolsillo una pitillera de oro y le ofreció a su invitado un largo cigarrillo negro con boquilla plateada; su aroma era similar al del incienso.

—Disfrutaremos de una caza magnífica usted y yo —dijo el general—. Estaré encantado de disfrutar de su compañía.

—¿Pero qué presas...? —empezó Rainsford.

—Ya se lo diré —dijo el general—. Le divertirá, lo sé. Creo que puedo decir sin falsa modestia que he hecho algo singular. He inventado una sensación nueva. ¿Puedo ofrecerle otra copa de oporto?

—Gracias, general.

El general llenó ambas copas y dijo:

—Dios hace a algunos hombres poetas. A algunos los hace reyes, a otros mendigos. A mi Él me hizo cazador. Mi mano fue hecha para el gatillo, me decía mi padre. Era un hombre rico con un cuarto de millón de acres en Crimea y un deportista consumado. Cuando yo sólo tenía cinco años me regaló una pequeña escopeta, especialmente hecha para mí en Moscú, para cazar gorriones. Cuando cacé algunos de los pavos que criaba especialmente para competir no me castigó, me felicitó por mi puntería. Maté

mi primer oso en el Cáucaso cuando tenía diez años. Toda mi vida ha sido una larga cacería. Me alisté, era lo que se esperaba de los hijos de los nobles, y durante un tiempo estuve al mando de una división de la caballería cosaca, pero mi verdadero interés fue siempre la caza. He cazado todo tipo de presas en todo tipo de parajes. Me sería imposible calcular cuántos animales he matado.

El general dio una calada a su cigarrillo.

—Después de la debacle en Rusia dejé el país ya que era imprudente para un oficial del Zar permanecer allí. Muchos nobles rusos lo perdieron todo. Yo, afortunadamente, había invertido mucho en bonos americanos así que nunca tendré que abrir una tetería en Montecarlo o conducir un taxi en París. Naturalmente, seguí cazando: osos grizzly en sus Montañas Rocosas, cocodrilos en el Ganges, rinocerontes en África del Este. Fue en África donde el búfalo del Cabo me atacó y me dejó fuera de combate durante seis meses. En cuanto me recuperé partí al Amazonas a cazar jaguares puesto que había oído que son especialmente astutos. No lo eran —suspiró el cosaco—. No eran en absoluto un rival a la altura de un cazador aplicado y con un rifle de precisión. Me llevé una amarga desilusión. Estaba un día echado en mi tienda con un descomunal dolor de cabeza cuando se me ocurrió una terrible idea. ¡La caza estaba empezando a aburrirme! Y la caza, recuerde, era mi vida. He oído decir que los hombres de negocios americanos a menudo se derrumban cuando dejan la empresa que ha sido su vida.

—Sí, así es —dijo Rainsford.

El general sonrió.

—No deseaba derrumbarme —dijo—. Tenía que hacer algo. Mi mente, Sr. Rainsford, es una mente analítica. Es por ello sin duda que disfruto de los retos y problemas de las batidas.

—Sin duda, General Zaroff.

—Así que —continuó el general—, me pregunté por qué la caza ya no me fascinaba. Usted es mucho más joven que yo, Sr. Rainsford, y no ha cazado tanto como yo pero quizás puede adivinar la respuesta.

—¿Cuál fue?

—Simplemente ésta: la caza había dejado de ser lo que usted llama «un reto deportivo». Era demasiado fácil. Siempre conseguía mi presa. Siempre. No hay nada más aburrido que la perfección.

El general encendió otro cigarrillo.

—Ningún animal tenía la más mínima oportunidad conmigo. No es inmodestia: es una certeza matemática. El animal tan sólo tenía sus piernas y su instinto y el instinto no es un rival digno de la razón. Cuando se me ocurrió esto fue un momento trágico para mí, de eso estoy seguro.

Rainsford se inclinó sobre la mesa absorto en lo que le contaba su anfitrión.

—Lo que tenía que hacer me vino como una inspiración —continuó el general.

—¿Y qué era?

El general sonrió con la calma de quien sabe que se ha enfrentado a un obstáculo que ha superado con éxito.

—Tenía que inventar una nueva presa —dijo.

—¿Un animal nuevo? Está de broma.

—En absoluto —dijo el general—. Nunca bromeo sobre la caza. Necesitaba un nuevo animal y encontré uno. Así que compré esta isla, construí esta casa y aquí voy de cacería. La isla es perfecta para mis necesidades: hay selvas con un laberinto de senderos, colinas, pantanos...

—¿Pero y el animal, General Zaroff?

—Oh —dijo el general—, me ofrece la caza más excitante del mundo. Ningún otro tipo de caza tiene comparación. Cazo cada día y nunca me aburro ya que ahora tengo una presa al nivel de mi inteligencia.

La perplejidad de Rainsford se podía leer en su rostro.

—Quería el animal ideal para la caza —explicó el general—. Así que me dije «¿Cuáles son los atributos de una presa ideal?». Y la respuesta, por supuesto, era que: «Debe tener coraje, ser astuta y, sobre todo, debe ser capaz de razonar».

—Pero ningún animal puede razonar —objetó Rainsford.

—Querido colega —dijo el general—, hay uno que sí puede.

—No puede ser que quiera decir... —Rainsford balbuceó.

—¿Y por qué no?

—No puedo creer que esto vaya en serio, General Zaroff. Es una broma macabra.

—¿Por qué duda de que vaya en serio? Estoy hablando de caza.

—¿Caza? Por mis pistolas, General Zaroff, usted habla de asesinato.

El general se rio de buena fe y miró a Rainsford con curiosidad—. No puedo creer que un joven tan moderno y civilizado como usted parece mantenga aún esas ideas románticas sobre el valor de la vida humana. Sin duda sus experiencias en la guerra...

—No me permiten justificar el asesinato a sangre fría —Rainsford dijo tajantemente.

El general reía.

—¡Qué gracioso es usted! —dijo—. Uno no espera encontrar hoy en día un joven de la clase educada, ni siquiera en América, con un punto de vista tan ingenuo y, si me lo permite, tan victoriano. Es como encontrar una caja de rapé en una limusina. Ah, bien, sin duda tuvo antepasados puritanos. Tantos americanos parecen tenerlos. Me apuesto lo que sea a que pronto se olvidará de sus principios si va de caza conmigo. Le espera una auténtica nueva emoción, Sr. Rainsford.

—Gracias, pero soy un cazador, no un asesino.

—Vaya por Dios —dijo el general sin inmutarse—, de nuevo esa desagradable palabra. Pero creo que le puedo demostrar que sus escrúpulos no tienen base alguna.

—¿Sí?

—La vida es para los fuertes, para que la vivan los fuertes y si es necesario para que los fuertes la tomen en sus manos. Los débiles del mundo están aquí para dar placer a los fuertes. Yo soy fuerte. ¿Por qué no debería usar mi don? Si deseo cazar, ¿por qué debería refrenarme? Cazo la escoria de la tierra: marinos de barcos ilegales, indios orientales, negros, chinos, blancos, mestizos; un caballo o un galgo pura sangre valen más para mí que una docena de ellos.

—Pero son hombres —dijo Rainsford con firmeza.

—Precisamente —dijo el general—. Por ello los uso. Me da placer. Pueden razonar de un modo u otro. Así que son peligrosos.

—¿Pero dónde los consigue?

El general guiñó el ojo izquierdo.

—Esta isla se llama Atrapa-Barcos —contestó—. A veces un dios furioso de alta mar me los envía. A veces, cuando la Providencia no es tan amable, la ayudo un poco. Venga a la ventana conmigo.

Rainsford se acercó a la ventana y miró hacia el mar.

—¡Mire! ¡Ahí! —exclamó el general, apuntando hacia la noche. Los ojos de Rainsford tan sólo vieron negrura, pero al apretar el general un botón Rainsford pudo distinguir el centelleo de luces mar adentro.

El general se rio entre dientes.

—Indican un canal —dijo—, donde no hay ninguno; rocas gigantes afiladas como navajas que están al acecho como monstruos marinos con las fauces bien abiertas. Pueden aplastar un barco tan fácilmente como yo aplasto esta nuez. Dejó caer una nuez en el duro suelo y la machacó con su tacón—. Oh, sí —dijo casualmente, como en respuesta a una pregunta—, tengo electricidad. Aquí intentamos ser civilizados.

—¿Civilizados? ¿Y dan caza a hombres?

Una chispa de furia se asomó a los ojos negros del general, pero sólo durante un segundo y dijo con sus modales más exquisitos:

—Vaya, ¡qué joven tan virtuoso es usted! Le aseguro que no hago eso que usted insinúa. Eso sería bárbaro. Trato a esos visitantes con todo respeto. Se les da comida buena y abundante, y ejercicio. Cogen una forma física espléndida. Lo podrá ver usted mismo mañana.

—¿Qué quiere decir?

—Visitaremos mi escuela de formación —sonrió el general—. Está en el sótano. Tengo unos doce alumnos en ella ahora mismo. Son de la barcaza española San Lúcar, que tuvo la mala suerte de estrellarse contra las rocas de ahí afuera. Una partida de mala calidad, siento decir. Especímenes de poca monta y más acostumbrados a la cubierta que a la selva. Levantó la mano e Iván, que hacía de camarero, les trajo un espeso café turco. Rainsford, haciendo un esfuerzo, mantuvo la boca cerrada.

—Es un juego, sabe usted —insistió el general sin demasiado énfasis—. Le propongo a uno de ellos que vayamos de caza. Le doy comida suficiente y un excelente cuchillo de caza. Y le doy una ventaja de tres horas. Más tarde lo sigo, armado tan sólo con una pistola del más pequeño calibre y de alcance limitado. Si mi presa me elude durante tres días, gana el juego. Si la encuentro —sonrió el general—, pierde.

—Suponga que alguien se niega a ser cazado.

—Oh —dijo el general—. Le doy la opción, por supuesto. No tiene por qué jugar si no lo desea. Si no desea cazar, lo dejo en manos de Iván. Una vez Iván tuvo el honor de servir de oficial a cargo del látigo bajo el Gran Zar Blanco, y tiene sus propias ideas sobre lo que es el deporte. Invariablemente, Sr. Rainsford, invariablemente todos escogen la caza.

—¿Y si ganan?

La sonrisa en el rostro del general se hizo aún más amplia.

—Hasta la fecha no he perdido —dijo.

Se aprestó a añadir entonces:

—No deseo que piense que soy un fanfarrón, Sr. Rainsford. Muchos de ellos suponen un reto de lo más elemental. De tanto en tanto doy con alguno más fiero. Uno casi ganó. Me vi obligado a usar los perros.

—¿Los perros?

—Por aquí, por favor. Se lo mostraré.

El general condujo a Rainsford a la ventana. Desde allí las luces daban una iluminación oscilante que producía figuras grotescas en el patio y Rainsford pudo ver aproximadamente una docena de enormes sombras negras que al girarse mostraban sus brillantes ojos verdes.

—Una cuadrilla bastante buena, creo —observó el general—. Los suelto a las siete cada noche. Si alguien intentara entrar en mi casa, o salir de ella, algo muy lamentable podría ocurrirle. Y tarareó un pasaje de una canción de Folies Bergère.

—Y ahora —dijo el general—, le quiero mostrar mi nueva colección de cabezas. ¿Me haría el favor de venir conmigo a la biblioteca?

—Espero que pueda excusarme esta noche, General Zaroff —dijo Rainsford—. No me siento muy bien.

—¿No? —preguntó el general amablemente—. Bueno, supongo que es lógico, después del esfuerzo que hizo al nadar. Lo que usted necesita es una buena noche de descanso y dormir. Mañana se sentirá un hombre nuevo, me apuesto lo que sea. Y entonces iremos de caza, ¿eh? Tengo un plan bastante prometedor...

Rainsford salió a toda prisa de la habitación.

—Siento que no pueda venir conmigo esta noche —le dijo el general—. Tengo en perspectiva buena diversión: un negro grande y fuerte. Parece un hombre de recursos. Bien, buenas noches, Sr. Rainsford. Que descanse bien.

La cama era cómoda y el pijama de seda muy suave. Cada fibra de su cuerpo necesitaba descansar, pero aun así Rainsford no podía calmar su cerebro con el opio del sueño. Permanecía tumbado con los ojos bien abiertos. Una vez le pareció oír pasos en el pasillo tras la puerta. Pensó en abrirla de par en par, pero estaba atrancada. Se acercó a la ventana y miró por ella. Su habitación estaba en lo alto de una de las torres. Las luces del castillo se habían apagado y todo estaba oscuro y en silencio, pero había un gajo de luna amarilla y bajo su pálida luz podía a duras penas ver el patio. Allí, serpenteando en la sombra se percibían formas negras y silenciosas; los sabuesos lo oyeron y alzaron la vista, expectantes, con sus ojos verdes. Rainsford volvió a la cama y se acostó. Intentó conciliar el sueño de todas las maneras posibles. Estaba ya medio dormido cuando, justo al alba, oyó lejos en la jungla la débil detonación de una pistola.

El General Zaroff no apareció hasta la hora del almuerzo. Vestía un impecable traje de tweed, propio de un caballero rural. Se interesó por el estado de salud de Rainsford.

—En lo que a mí respecta —suspiró el general—, no me encuentro muy bien. Estoy preocupado, Sr. Rainsford. Anoche detecté síntomas de mi antiguo mal. Ennui. Aburrimiento.

Sirviéndose más crêpes Suzette, el general explicó:

—La caza no fue bien anoche. El tipo perdió la cabeza. Dejó un rastro que no ofrecía dificultad alguna. Eso es lo malo de estos marineros; tienen cerebros embotados y no saben manejarse en la selva. Hacen cosas muy estúpidas y obvias. Es muy molesto. ¿Tomará otra copa de Chablis, Sr. Rainsford?

—General —dijo Rainsford con firmeza—, deseo abandonar esta isla de inmediato.

El general enarcó sus gruesas cejas; parecía ofendido.

—Pero, mi querido amigo —protestó—, si acaba de llegar. Aún no ha cazado....

—Deseo marcharme hoy mismo —dijo Rainsford. El general fijó sus mortecinos ojos negros en él, estudiándolo. De repente, el rostro del General Zaroff se iluminó.

Llenó la copa de Rainsford con un venerable Chablis vertido de una polvorienta botella.

—Esta noche —dijo el general—, usted y yo: cazaremos.

Rainsford negó con la cabeza.

—No, general —dijo—. No cazaré.

El general se encogió de hombros y comió con delicadeza un grano de uva de invernadero.

—Como usted desee, amigo mío —dijo—. La elección es enteramente suya. Pero ¿puedo aventurarme a señalar que encontrará mi idea del deporte más atractiva que la de Iván?

Inclinó la cabeza hacia el rincón donde el gigante permanecía de pie, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho de barril.

—Quiere usted decir... —se alteró Rainsford.

—Querido colega —dijo el general—, ¿no le he dicho que siempre hablo en serio en lo que se refiere a la caza? Esto ha sido una inspiración. A la salud de un enemigo a la altura de mi acero: por fin. El general alzó su copa, pero Rainsford permaneció sentado con la mirada fija en él.

—Verá usted que el juego vale la pena —el general dijo entusiasmado—. Su cerebro contra el mío. Su pericia en la selva contra la mía. Su fuerza y resistencia contra las mías. ¡Ajedrez al aire libre! Y lo que hay en juego no es que sea despreciable, ¿verdad?

—Y si gano... —Rainsford empezó a decir con la voz ronca.

—Reconoceré de muy buen grado mi derrota si no le encuentro antes de la medianoche del tercer día —dijo el General Zaroff—. Mi chalupa lo dejará en el continente cerca de una ciudad. El general intuyó lo que Rainsford pensaba.

—Oh, se puede usted fiar de mi —dijo el cosaco—. Le daré mi palabra de caballero y deportista. Usted, por supuesto, debe comprometerse a no decir nada sobre su visita.

—No me comprometeré en absoluto —dijo Rainsford.

—Oh —dijo el general—, en ese caso... Pero ¿por qué discutir eso ahora? Dentro de tres días lo podemos hablar mientras bebemos una botella de Veuve Cliquot, a no ser que....

El general dio un sorbo al vino. Un aire pragmático lo animó entonces:

—Iván —le dijo a Rainsford— lo equiparé con ropas de caza, comida, un cuchillo. Le sugiero que se ponga mocasines; dejan menos rastro. Le sugiero, también, que evite el gran pantano en el extremo sudeste de la isla. Lo llamamos el Pantano de la Muerte. Hay arenas movedizas allí. Un bobo lo intentó. Lo más deplorable fue que Lázarus fue tras él. Se puede imaginar mis sentimientos, Sr. Rainsford. Adoraba a Lázarus, era el mejor sabueso de mi jauría. Bien, le ruego que me excuse. Siempre duermo la siesta después del almuerzo. Me temo que usted apenas tendrá tiempo para echarse un rato. Sin duda querrá partir. No lo seguiré hasta el anochecer. Cazar de noche es mucho más excitante que hacerlo de día ¿no cree? Au revoir, Sr. Rainsford, au revoir.

El General Zaroff, inclinándose con profunda cortesía dejó la habitación.

Por otra puerta entró Iván. Bajo un brazo llevaba ropas de caza de color caqui, una mochila llena de comida y una funda de cuero que contenía un cuchillo de caza de filo largo; su mano derecha reposaba sobre un revólver listo para disparar sujeto a la faja carmesí que rodeaba su cintura.

Rainsford ya había pasado dos horas en la selva intentando sobrevivir.

—Debo conservar la calma. Debo conservar la calma —se dijo con los dientes bien apretados.

Cuando las puertas del castillo se cerraron tras él estaba aún confundido. Su primera idea fue poner tanta distancia como fuera posible entre él y el General Zaroff y por ello se había echado a correr espoleado por las agudas espinas del pánico. La prudencia, sin embargo, lo hizo detenerse y examinar la situación. Se dio cuenta de que la simple huida era fútil; inevitablemente, acabaría en el mar. Se encontraba como en un cuadro enmarcado por el mar y, claramente, sus movimientos debían confinarse a ese marco.

—Dejaré un rastro para que Zaroff lo siga —murmuró Rainsford y se salió del tosco sendero que había estado siguiendo para entrar en la inexplorada espesura. Ejecutó una serie de embrollados rodeos; volvió sobre sus pasos una y otra vez recordando todo el saber popular sobre la caza del zorro y todos los trucos de este animal. La noche lo alcanzó sobre un frondoso saliente con las piernas fatigadas, las manos y la cara azotadas por las ramas. Sabía que era una locura moverse a ciegas de noche, incluso teniendo las fuerzas suficientes. Su necesidad de descansar era imperativa y pensó: «he jugado a ser el zorro, ahora me toca jugar a ser el gato de la fábula». Había cerca un gran árbol de grueso tronco y ramas bien separadas y, procurando no dejar la menor marca, lo escaló y tendiéndose sobre una de las anchas ramas como pudo, descansó. El descanso le trajo una renovada confianza en sí mismo y casi un sentimiento de seguridad. Ni siquiera un cazador tan concienzudo como Zaroff podría encontrarlo allí, se dijo; sólo el diablo podría seguir ese complicado rastro en la selva y en la oscuridad. Tal vez el general era un diablo...

La aprensiva noche serpenteó poco a poco como una culebra herida pero a pesar de que en la selva reinaba el silencio de un mundo muerto el sueño no visitó a Rainsford. Ya casi por la mañana cuando un gris sucio teñía el cielo, el grito de algún pájaro asustadizo atrajo su atención y le hizo fijarse en la dirección de la que provenía. Algo se movía entre la maleza con cuidado, lentamente, siguiendo el mismo camino tortuoso que Rainsford había seguido. Éste se apretó contra la rama y a través de una mampara de hojas casi tan espesa como un tapiz vio... que lo que se aproximaba era un hombre.

Era el General Zaroff. Siguió andando con sus ojos clavados en el suelo y con la máxima concentración. Se detuvo, casi debajo del árbol, se dejó caer de rodillas y examinó el suelo. El primer impulso de Rainsford fue arrojarle sobre él como una pantera pero vio que el general sujetaba en su mano derecha algo metálico: una pequeña pistola automática.

El cazador sacudió la cabeza varias veces, como si estuviera extrañado. Se incorporó y extrajo de su pitillera uno de sus cigarrillos negros. Su pungente humo con su toque de incienso alcanzó la nariz de Rainsford.

Rainsford contuvo la respiración. Los ojos del general habían dejado el suelo y subían pulgada a pulgada por el tronco. Rainsford se quedó inmóvil, tensando todos sus músculos para saltar. Pero los agudos ojos del cazador se detuvieron antes de que alcanzaran la rama sobre la que Rainsford yacía y una sonrisa se extendió sobre su bronceado rostro. Deliberadamente soltó un anillo de humo al aire; le dio entonces la espalda al árbol y con aire confiado se marchó por donde había venido. El susurro del sotobosque contra sus botas se perdió en la distancia.

El aire retenido en los pulmones de Rainsford escapó de sopetón. Su primer pensamiento lo dejó nauseabundo y paralizado. El general podía seguir un rastro de noche, incluso uno extremadamente difícil. Debía tener poderes extraordinarios; sólo por pura casualidad se le había pasado por alto al cosaco el escondite de su presa.

La segunda idea de Rainsford era aún más terrible. Todo su cuerpo sufrió la sacudida de un escalofrío de helado terror. ¿Por qué había sonreído el general? ¿Por qué había regresado?

Rainsford se negaba a creer que lo que su razón le decía era cierto pero la verdad era tan evidente como el sol que asomaba ya de entre las nieblas matinales. ¡El general estaba jugando con él! ¡El general lo estaba preservando para otro día de diversión! El cosaco era el gato y él era el ratón. En ese momento supo Rainsford lo que significa el terror.

—No perderé la calma. No la perderé.

Se bajó del árbol y entró de nuevo en la selva. Su rostro mostraba la determinación

con la que obligó a funcionar a su maquinaria mental. A trescientos metros de su escondite, allí donde un enorme árbol muerto se apoyaba en uno menor y vivo, Rainsford se detuvo. Desprendiéndose de la mochila con la comida, sacó el cuchillo de la funda y se puso a trabajar con toda su energía.

Acabada al fin su tarea, Rainsford se arrojó detrás de un tronco caído a treinta metros de allí. La espera fue corta. El gato se acercaba de nuevo para jugar con el ratón.

Siguiendo el rastro con la seguridad de un sabueso apareció el General Zaroff. Nada escapaba a sus inquisitivos ojos negros: una brizna de hierba aplastada, una ramilla curvada, una marca en el musgo por más imperceptible que fuera. Tan sumido estaba el cosaco en su rastreo que dio con lo que Rainsford había hecho antes de verlo. Su pie dio con la rama prominente que hacía de detonante. Al tocarla el general se percibió del peligro y dio un salto hacia atrás con la agilidad de un simio. Pero no fue lo bastante rápido. El árbol muerto, ajustado con precisión para que descansara sobre el vivo, que Rainsford había cortado, se desplomó y le dio al general un formidable golpe en el hombro; si no fuera por sus reflejos, lo habría aplastado. Zaroff se tambaleó pero no cayó ni soltó su revólver. Permaneció en pie, masajeándose el hombro herido y Rainsford, con el corazón en un puño, pudo oír el resonar de la risa burlona del general en la selva.

—Rainsford —dijo el general—, si puede oír mi voz, como supongo, permítame felicitarlo. No muchos hombres saben cómo construir un atrapa-hombres malayo. Por suerte para mi yo también he cazado en Malaca. Está resultando ser interesante, Sr. Rainsford. Voy a curarme la herida, que sólo es ligera. Pero volveré. Lo prometo.

Cuando el general se hubo marchado, mimando su herida, Rainsford reemprendió la huida. Era una huida a la desesperada que lo mantuvo en vilo varias horas. Llegó el anochecer, y luego la oscuridad y aún así continuó. El suelo se volvió menos firme bajo sus mocasines, la vegetación más densa y maloliente, los insectos le picaban salvajemente.

Justo entonces, al dar un paso adelante, su pie se hundió en el lodo. Intentó sacarlo de él pero el cieno lo succionó con fiereza como si fuera una sanguijuela gigante. Con un violento esfuerzo, Rainsford liberó su pie. Ahora ya sabía dónde estaba. El Pantano de la Muerte y sus arenas movedizas.

Rainsford mantenía los puños cerrados como si su coraje fuera algo tangible que alguien pudiera arrancarle en la oscuridad. La pastosidad de la tierra le había dado una idea. Se apartó de las arenas movedizas más o menos unos doce pies y como si fuera un enorme castor prehistórico empezó a cavar.

Rainsford había cavado improvisadas trincheras en Francia cuando un segundo de demora podía significar la muerte. Aquello había sido tan sólo un plácido pasatiempo

comparado con lo que hacía ahora. El hoyo se hizo más profundo; cuando le llegó por encima de los hombros Rainsford salió y usando unas ramas cortó estacas que afiló tanto como pudo y que plantó en la base del hoyo con las puntas hacia arriba. Con dedos ágiles tejó una tosca alfombra de malas hierbas y ramas y con ella cubrió la boca del hoyo. Entonces, cubierto de sudor y dolorido por el cansancio, se agachó tras el tocón de un árbol abrasado por un rayo.

Sabía que su perseguidor se acercaba; podía oír el sonido amortiguado de pies pisando la blanda tierra, y la brisa nocturna le traía el perfume del cigarrillo del general. Le pareció a Rainsford que el general se acercaba con inusitada celeridad; no iba tanteando el camino paso a paso. Rainsford, agachado, no podía ver al general ni el hoyo. Cada minuto parecía un año. Entonces sintió el impulso de gritar de alegría, ya que oyó el seco estallido de las ramas al romperse cuando la cubierta del hoyo cedió; oyó el agudo grito de dolor cuando las estacas dieron en su víctima. Saltó de su escondite sólo para ocultarse de nuevo. A tres pies del hoyo había un hombre, linterna en mano.

—Lo ha hecho muy bien, Rainsford —resonó la voz del general—. Su trampa para tigres birmanos se ha tragado uno de mis mejores perros. Otro punto para usted. Sr. Rainsford, vamos a ver qué puede hacer usted contra toda mi jauría. Me voy a casa a descansar un rato. Gracias por una velada de lo más entretenida.

Al alba Rainsford, que se había echado cerca del pantano, despertó por culpa de un ruido que le indicaba que había temibles novedades. Era un ruido distante, débil y oscilante, pero lo reconoció. Eran los ladridos de una jauría de sabuesos.

Rainsford sabía que sólo podía optar entre hacer dos cosas. Podía quedarse donde estaba y esperar. Eso era suicida. Podía huir. Eso era retrasar lo inevitable. Por un momento se quedó allí, pensando. Se le ocurrió entonces una idea de lo más arriesgada y, apretándose el cinturón, se alejó del pantano.

El ladrido de los sabuesos se acercaba cada vez más, más y más. Rainsford escaló un árbol que había en un saliente. Arroyo abajo, a menos de un cuarto de milla, podía ver cómo se movía el sotobosque. Forzando la vista vio la figura enjuta del General Zaroff; justo delante Rainsford observó otra figura cuyos anchos hombros asomaban por encima de los altos tallos de las malas hierbas: era el gigante Iván, que parecía empujado por alguna fuerza invisible. Rainsford se dio cuenta de que Iván sujetaba las correas de los perros de la jauría.

En un minuto llegarían. Su mente funcionaba frenéticamente. Pensó en un truco nativo que había aprendido en Uganda. Bajó del árbol. Agarró una rama joven y elástica y sujetó con ella su cuchillo de caza con la hoja apuntando hacia el rastro que había dejado; con un poco de parra silvestre ató la rama al tronco. Y corrió para poder salvar la vida. Los sabuesos alzaron sus voces al dar con su olor. Rainsford comprendió cómo

se siente un animal perseguido.

Tuvo que parar para recuperar el aliento. El ladrido de los sabuesos cesó de golpe y el corazón de Rainsford también se detuvo. Debían de haber alcanzado el cuchillo.

Se encaramó al árbol y volvió los ojos. Sus perseguidores se habían parado. Pero la esperanza que dominaba la mente de Rainsford al subirse al árbol se extinguió en cuanto vio en el poco profundo valle que el General Zaroff aún estaba en pie. No así Iván. El cuchillo, impulsado por la fuerza elástica de la rama verde no había fallado del todo.

Rainsford aún no había tocado al suelo cuando la jauría empezó a ladrar de nuevo.

—¡Coraje, coraje, coraje! —jadeó mientras corría. Un hueco azul apareció entre los árboles muertos que se veían más adelante. Los sabuesos se acercaban más y más. Rainsford se obligó a ir hacia el hueco. Lo alcanzó. Era la orilla del mar. Al otro lado de la cala podía ver la piedra gris y sombría del castillo. Siete metros bajo él el mar retumbaba y ululaba. Rainsford dudó. Oyó los sabuesos. Y entonces saltó al agua tan lejos como pudo de la orilla.

Cuando el general y su jauría alcanzaron el lugar junto al mar desde el que Rainsford había saltado, el cosaco se detuvo. Durante algunos minutos se quedó observando la masa verdiazul de agua. Encogió los hombros. Entonces se sentó, tomó un sorbo de brandy de una petaca de plata, encendió un cigarrillo y tarareó un pasaje de Madame Butterfly.

El General Zaroff cenó magníficamente en su gran salón forrado de roble esa noche. Con la cena se tomó una botella de Pol Roger y media de Chambertin. Dos pequeños inconvenientes empañaron su perfecto disfrute. Uno era la idea de que sería difícil sustituir a Iván; el otro era que la presa se le había escapado; por supuesto, el americano no había jugado bien: eso pensaba el general mientras degustaba un licor tras la cena. Para consolarse leyó en la biblioteca las obras de Marco Aurelio. A las diez subió a su habitación. Estaba deliciosamente agotado, se dijo, antes de encerrarse. La luna daba algo de luz, así que, antes de encender la lámpara, se acercó a la ventana y observó el patio. Veía a los sabuesos y les gritó:

—Habrá más suerte la próxima vez. Sólo entonces encendió la lámpara.

Un hombre, que se había ocultado tras los cortinajes de la cama, se dejó ver.

—Rainsford —gritó el general—. ¡Por Dios! ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?”

—A nado —dijo Rainsford—. Es más rápido que andar por la selva.

El general contuvo el aliento un instante y sonrió.

—Le felicito —dijo—. Ha ganado usted el juego.

Rainsford no sonrió.

—Aún soy una bestia perseguida —dijo en una voz ronca y grave—. Prepárese, General Zaroff.

El general hizo una profunda reverencia.

—Ya veo —dijo—. ¡Espléndido! Uno de nosotros ha de convertirse en refrigerio para los sabuesos. El otro dormirá en esta estupenda cama. En guardia, Rainsford...

Rainsford opinó para sus adentros que nunca había dormido en una cama mejor.